

## Combates por España: a vueltas con el nuevo nacionalismo español

### Fights for Spain: back and again with the new Spanish nationalism

Vicente Pérez-Guerrero  
Fedicaria-Sevilla  
vperez9@us.es

Recibido en enero de 2024

Aceptado en febrero de 2024

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28404

#### RESUMEN

Este apunte crítico reflexiona sobre lo que se ha dado en llamar el nuevo fenómeno nacionalista español. Se inicia con una admonición al cauto silencio que suscita en los medios. A esto sigue una breve síntesis del estado de la cuestión a nivel historiográfico. Muy modestamente, dado lo ambicioso del objetivo, el artículo trata también de comprender cómo y por qué la “vividura” nacional disfruta en estos tiempos de una legitimidad emocional tan profunda. Para ello, desde la virtualidad del paradigma del “nacionalismo banal” como método de análisis para la exploración de la nación “desde abajo”, se citan algunos de los artefactos culturales que están coadyuvando a la “interiorización” y naturalización por parte de los españoles de una determinada identidad nacional. Incluye, por último, una reflexión muy personal sobre las dificultades, el fracaso de identificación que uno tiene con dicho diseño nacionalista, o cualquier otro. Algo que, por lo demás, se nos antoja como condición *sine qua non* para ser dueño de nosotros mismos.

**Palabras clave:** historiografía, nación, nacionalización, nacionalismo banal, nacionalismo de Estado, patriotismo constitucional.

#### ABSTRACT

This critical note reflects on what has been called the new Spanish nationalist phenomenon. It begins with an admonition to the cautious silence it provokes in the media. This is followed by a brief summary of the state of the art at a historiographical level. Very modestly, given the ambitious objective, the article also tries to understand how and why national “living” enjoys such deep emotional legitimacy in these times. To this end, from the virtuality of the paradigm of “banal nationalism” as a method of analysis for the exploration of the nation “from below”, some of the cultural artifacts that are contributing to the “interiorization” and naturalization by the Spaniards of a certain national identity are cited. Finally, it includes a very personal reflection on the difficulties, the failure of identification that one has with this nationalist design, or any other. Something that, moreover, seems to us to be a *sine qua non* condition for being master of ourselves.

**Keywords:** historiography, nation, nationalization, banal nationalism, state nationalism, constitutional patriotism.

#### Referencia

Pérez-Guerrero, V. (2024). Combates por España: a vueltas con el nuevo nacionalismo español. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 197-210. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28404.

## UN PENOSO REMEDO TÉCNICO

El nacionalismo español es un asunto complejo y múltiple, extrañamente ninguneado por los medios. A tal punto esto último es cierto que podría afirmarse, sin exagerar, que en lo tocante a su enunciación en los medios estatales el nacionalismo español no existe, y solo ha existido desde las culturas políticas nacionalistas alternativas. Invisible, empero, es diferente a indetectable y, por supuesto, tampoco significa inexistente. Ciertamente, como cualquier otro nacionalismo de Estado — apunta Núñez Seixas (2017)—, el nacionalismo español no necesita manifestarse continuamente para existir. Aunque este mismo autor ha señalado también “como una característica excepcional del nacionalismo español su relativa invisibilidad” (Archilés, 2018, p. 230). Es más, su imperceptibilidad se amplifica a nivel político cuando, verbigracia, se compara el escasísimo número de menciones del nacionalismo centralista con la sobreabundancia informativa sobre los nacionalismos periféricos. Inevitablemente, el efecto del contraste de uno y otro es como si el nacionalismo español fuera inexistente, pues se elude la identificación de nacionalista para los partidos de ámbito estatal. Y, sobre todo, por gracia de una detalladísima descripción de los nacionalismos sin Estado, que, ineludiblemente, pasa por la alusión a su carácter identitario, etnicista, supremacista incluso, cuando sabemos que hay proyectos nacionalistas diversos. Como fuere, es una constante entre los cronistas políticos reducirlos a uno solo, lo cual manifiesta una clara intención maledicente y conlleva una didáctica de los sentimientos.

Por qué, cautelosa y premeditada decisión, el etiquetado “nacionalista” se limita a unos y niega de forma recurrente a otros es una cuestión que habría que dilucidar. Lo cierto es que la asociación de nacionalistas exclusivamente a las formaciones políticas de la periferia (vascas, catalanas, gallegas...) es de esas ocurrencias mediáticas que de tanto repetirse pertenecen a lo que, con toda razón, se han dado en llamar *ideas fijas*.

Tampoco está de más preguntarse por qué razón el “patriotismo” se usa como alternativa terminológica a “españolismo”. Porque, sin duda, se puede decir “patriotismo constitucional”, “patriotismo cívico virtuoso”..., o dígase algo aún más novísimo o sofisticado, cuando, en efecto, se alude tanto a una idea de nación liberal, como a la adhesión de personas con referentes culturales distintos a unos valores comunes de carácter democrático plasmado en la Constitución. Esto es, el tipo de nacionalismo que con tanta fortuna definió Jürgen Habermas para dar cuenta de lo

contrario de un nacionalismo étnico y esencialista. El problema es que usado como ariete, como patrimonio exclusivo de unos frente a otros, trasluce al fondo un sentimiento de enemistad propio del más rancio discurso nacionalcatólico. Por lo demás, el lenguaje nunca es inocente, inocuo. Bien al contrario, produce efectos tanto emocionales como ideológicos. Por consiguiente, cuando llamamos a la misma cosa de otro modo, damos un giro o hacemos una paráfrasis, manifestamos una cierta intención comunicativa que se presta a interpretación. En tal sentido, es plausible pensar que se le adjudica un nombre neutro, “bienintencionado”, a las cosas potencialmente conflictivas como lo es el nacionalismo. O sencillamente no se las nombra para hacerlas invisibles, ocultarlas y desposeerlas así de la posibilidad de enmendar sus vicios. Los seculares vicios hispánicos, diríase, para referirnos a una filiación política vinculada con una concepción de España unilateral que viene a actualizar el inmovilismo posfranquista.

Y luego, a mayor abundamiento, se podría inferir que se sigue una estrategia discursiva, lo más probable sin premeditación y más bien habría que interpretar como un automatismo retórico, pero cargada de matices ideológicos, que coadyuvan — aunque fuese inconscientemente— a una finalidad moral que podríamos definir con el nombre de *moral farisaica*. Una moral cuya esencia, según la definición de Sánchez Ferlosio (1979), reside en la comparación y la autoedificación por contraste. Esto es, que actúa a través de una operación retórica, al objeto de construir la propia bondad por confrontación con la maldad ajena. De esta forma advertía Sánchez Ferlosio, en su magnífico ensayo *La hija de la guerra y la madre de la patria* (2002), sobre las trampas sutiles del lenguaje al servicio de la identidad nacional, y más ampliamente sobre el “nefasto fetiche de la identidad”. En concreto, a partir de un análisis crítico de los conceptos de patria y de patriotismo, pone al descubierto cómo “ese novísimo embeleco del ‘patriotismo constitucional’” (p. 199) ha consumado acreditar una condición de españolismo demócrata y liberal. Etiqueta que en los últimos tiempos, por cierto, se ha reformulado con el autodenominado *constitucionalismo*. Fórmulas eufemísticas, que, en última instancia, revelan que lo que hay por debajo es el orgullo patriótico, o bien el deseo de no ser identificado con un nacionalismo españolista cuya sola mención convoca sus propios espectros del pasado, o bien la apropiación de la Constitución por parte, precisamente, de quienes en su contumaz resistencia más trataron de frustrar el desarrollo de la Transición y ahora sin ocultación pretenden

imponer una lectura fundamentalista y sagrada en clave nacional-católica del texto constitucional.

Como fuere, más allá de la operación cosmética, todos estos nombres expresan una opción, e “irónicamente”, tal y como dice Archilés (2018), en última instancia, “el nacionalismo español se caracteriza por invisibilizarse a sí mismo al negar su existencia, pero cuanto más se niega a sí mismo más demuestra su fortaleza (aunque a la vez traduzca sus ansiedades)” (p. 231).

Concluimos así este apartado destacando la importancia de la atención a lo obvio, aquello que damos por natural y no lo es, como estrategia contrahegemónica que visibiliza y desenmascara el uso interesado de conceptos y términos, o cualquier otro procedimiento discursivo específico que, como mecanismo nacionalista, tiende a una imposición.

#### **GIROS HISTORIOGRÁFICOS: A VUELTAS ARRIBA Y ABAJO CON EL NACIONALISMO ESPAÑOL**

Ciertamente, el nacionalismo español dejó hace tiempo de ser una criatura extraña al campo de la historiografía académica. Tal y como Molina Aparicio (2017) desarrolla en un texto clarividente para el conocimiento sobre la historiografía del nacionalismo en España, el “Congreso internacional sobre nacionalismo en Europa”, celebrado en septiembre de 1993 en Santiago de Compostela, supuso un punto de inflexión en los estudios sobre el nacionalismo en España. Primeramente, porque significó la “normalización” de la historia del nacionalismo español y el fin de su ostracismo académico. Pero luego, también, porque hubo una renovación de los enfoques interpretativos a favor de la perspectiva “constructivista”, en sus diferentes variaciones, que acabó por imponerse como interpretación paradigmática frente a aquellas otras que, ya fuera en su versión liberal-conservadora o marxista, estaban unidas por una interpretación de la nación en clave primordialista. Esto es, lo propio de quienes sostienen que el nacionalismo se basa en la existencia de rasgos objetivos esenciales y étnicos.

Sin duda, esta inflexión se explica como parte de un cambio de época cuyo hito y símbolo fue la caída del muro de Berlín en 1989. No es casual, sino un indicativo de ese cambio, que un par de meses antes de aquel simposio, tuviera lugar, también en Santiago de Compostela, el “I Congreso Internacional A Historia a Debate”, cuya importancia radica en el cuestionamiento y crisis del paradigma positivista en España por parte de la nueva historia social y cultural, el giro lingüístico y las revelaciones

posmodernas. Desde entonces para acá el interés por el sujeto se coloca en el centro de la historia y es asumida como una verdad incontrovertible la imposibilidad de una historia completa y cabal sin una historia de la subjetividad. Una propuesta que se traduce en nueva concepción de la acción humana, que rechaza las explicaciones subyacentes fuertes y revaloriza lo subjetivo como fundamento de lo social y el desarrollo histórico.

Con relación al estudio del nacionalismo, esto conllevó un cambio de perspectiva en el sentido de diferenciar en el orden de los conceptos que delimitan el problema. Por una parte, se constata que históricamente el nacionalismo precede a la nación y, por consiguiente, no es la nación la que construye el nacionalismo, sino que el nacionalismo construye la nación. Mientras que, por su parte, el Estado precedió y preparó al nacionalismo. Luego la nación sería hija del Estado y no al revés. A partir de aquí, la razón de ser de los estudiosos que, aun con matices diferenciales, comparten esta interpretación del nacionalismo (Anderson, Gellner, Hobsbawm, Greenfeld..., Borja de Riquer, Álvarez Junco, Núñez Seixas, Moreno Luzón...) pasa por el esclarecimiento del carácter construido, inventado, imaginado, fabricado... de la nación. Así, por ejemplo, el examen del nacionalismo de Estado, que, identificado con una sola de sus "naciones" étnico-lingüísticas y dotado de los *aparatos* necesarios (administración y funcionariado, policía y ejército, planes de enseñanza y toda la parafernalia de elementos identificadores, etc.), se entregaba a un *proceso de nacionalización* tendente a la imposición de la homogeneización cultural, a la identidad uniformadora de sus ciudadanos, con el objetivo de crear el cuerpo político de la nación, la forma Estado nación.

Pasado el tiempo se constatan, sin embargo, ciertos sesgos que lastran las conclusiones de este enfoque. Básicamente, dos serían los vicios de origen fundamentales de las teorías clásicas constructivistas. El sobredimensionamiento que se atribuye a los intelectuales como productores y "manipuladores" de la nación sería el primero. Un apriorismo propio de una trasnochada "historia de las ideas", según la cual los individuos actúan primeramente en función de la fuerza que mana de los textos, o de los discursos, sin dar con los motivos por los que dicho discurso o ideología consigue imponerse a determinadas personas o grupos. Mientras que el segundo vicio estibaría en la asunción de la interiorización pasiva y acrítica de los imaginarios nacionales por los sujetos "sujetados a" dichos discursos. Asimismo, el

elitismo y la tendencia intelectualista de esta interpretación corre también el riesgo de sustituir la “experiencia” y explicaciones de los actores por las del científico social.

Llegados a este punto, el estudio del nacionalismo se debate en las últimas décadas entre quienes aún se mantienen unidos en la premisa de que la “construcción nacional” obedece a un modelo de nacionalismo estructural y vertical definido, administrado y comunicado de “arriba hacia abajo”. Más en concreto, señala Molina Aparicio (2017), “como el producto de unas agencias estatales que trasladaban la nación a una ciudadanía” (p. 72). Y aquellos otros más interesados en la exploración de la nación “‘desde abajo’, o incluso [desde otras dimensiones más] ‘horizontales’” (Archilés, 2018, p. 226), más vinculadas a las “experiencias de nación” concretas y cotidianas de la gente. Por ejemplo, el deporte —especialmente, el fútbol—, los partidos políticos, la Iglesia, las redes asociativas, el espacio local, la industria cultural, las redes sociales, la propia familia... Desde una perspectiva que, por lo demás, lleva incluso a preferir hablar de “procesos de nacionalización” antes que de “construcción nacional” o incluso “nacionalismo”. Correlativamente, con este desplazamiento de intereses se hace evidente un dilema teórico subyacente no baladí entre quienes enfatizan los factores supuestamente objetivos externos que participan de los procesos de nacionalización y quienes tienden a minimizar el peso de esos factores externos a favor de la conciencia humana.

Precisamente, por esto último habría que poner en valor las visiones de síntesis teórica que tratan de abordar la complejidad de la identidad nacional, una identidad que es esencialmente ecléctica e integradora como resultado de la “mutua implicación”, como un cruce de influencias entre nación e individuo (Molina Aparicio, 2017). De hecho, por más que un individuo posea la capacidad de elegir nunca es completamente racional y libre, pues siempre parte de elementos preexistentes, de un rescaldo étnico disponible. Por consiguiente, el esclarecimiento de cómo lo “objetivo” se refleja *en* —y proyecta *desde*— lo “subjetivo” conlleva la comprensión de *cómo* la nación es vivida, sentida y construida cotidianamente por la gente. Y, por ende, el esclarecimiento del grado de aceptación/resistencia/rechazo de la ideología nacionalista (Archilés, 2018).

## LOS NUEVOS ODRES DE LA NACIONALIZACIÓN DE MASAS

Entre los paradigmas de la nacionalización y la construcción de la nación de “abajo hacia arriba”, seguramente el enfoque con mayor fortuna y predicamento sea

aquel que, a partir de los conocidos conceptos de “nacionalismo banal” de Michael Billig y de “nacionalismo cotidiano” de Tim Edensor, considera que el nacionalismo fundamentalmente se desempeña en la esfera de lo implícito y lo obvio. A este respecto, Quiroga y Archilés (2018) apuntan que “la versatilidad del concepto explica el éxito del nacionalismo banal en diversos campos académicos” (p. XI). Pero, siendo esto verdad, también lo es que se trata de un concepto sujeto a controversias y paradojas. Precisamente, lo que hace versátil su aplicación es su ambigüedad, pues lo banal se difumina en unos contornos poco claros y definidos. En consecuencia, en ocasiones se emplea arbitrariamente dando lugar a interpretaciones excesivas, extendiendo indiscriminadamente el término *nacionalismo* (Núñez Florencio, 2018). Lo sorprendente es el tono descalificativo con el que algunos combaten la tesis desarrollada por Michael Billig. Sobre todo, de los osados que aplicándolas a nuestro país demuestran la existencia de un discurso nacional español consistente. Así, por ejemplo, la virulencia y la explícita descalificación (“banal teoría”, “nido de confusiones”, “inane ocurrencia”...) de Félix Ovejero (2018) me malicio que solo se explica porque, al “universalizar el nacionalismo”, los estudiosos del nacionalismo banal han terminado por dar la razón a la “acusación” de los nacionalismos periféricos de la existencia de una nacionalismo de Estado. Algo que resulta imposible de encajar, cuando se está convencido de que “España es uno de los países con más bajos índices de nacionalismo... y que el españolismo identitario es residual” (Ovejero, 2018).

Sea como fuere, el concepto de nacionalismo banal no tiene una vocación *tout court* (Archilés, 2018). Evidentemente, como cualquier otro paradigma teórico tiene sus límites. Pero manifiesta una gran torpeza quien pretenda con ello explicar todo el universo nacionalista hispánico. Mientras que la crítica de más arriba solo se sostiene desde posiciones políticas muy concretas cuyo objetivo no parece ser otro más que eliminar el nacionalismo catalán. Asimismo, tampoco debiera ser leído como el producto de una conspiración, el plan de una élite malévola contra el pueblo. En suma,

el nacionalismo banal no lo explica todo ni puede sustituir otras formas de aproximarse al estudio de la identidad nacional. Al igual que sería un error criticar el inventariado del nacionalismo banal como si esto fuera sinónimo de intención premeditada o recepción pasiva. (Archilés, 2018, p. 227)

Atendiendo a estas cautelas, prevenido de restricciones y malentendidos, los conceptos de nacionalismo banal y cotidiano se nos aparecen como una poderosa y eficaz herramienta para explicar cómo y porqué en los últimos años se extiende una forma “desacomplejada” de ser español y adopta la etiqueta de nacionalista español sin complejos. Así, por ejemplo, Pablo Batalla Cueto en *Los nuevos odres del nacionalismo español* (2021) no solo consigue inventariar, con solvencia y rigor, el catálogo de artefactos del nacionalismo banal español durante la última década sino que, con evidente afán explicativo, igualmente se abre a pensar el espacio de la percepción y no sólo la producción. Por ello, aun cuando este punto pudiera ser el más débil del ensayo, sería un error criticar el inventariado resultante como si fuera sinónimo de intención premeditada o recepción pasiva. En este sentido, cabe destacar el esfuerzo del autor por comprender cómo el nacionalismo se inserta en la vida de la gente, sin dejar de explicar los factores estructurales que rebasan las intenciones humanas conscientes. Algo que, por lo demás, se persigue sin el tono apocalíptico ni integrado de ciertas interpretaciones.

La construcción nacional tiene más que ver con el *nacionalismo banal* sobre el que advirtiera Michael Billig y el *nacionalismo cotidiano* de Tim Edensor: un conjunto de recordatorios cotidianos y sutiles (pero, y esto es lo que puntualizaba Edensor, de poderosas consecuencias políticas e ideológicas, que el adjetivo *banal* pareciera menospreciar) de la existencia de naciones, de la de la nuestra en particular, de su antigüedad, de su naturalidad, de su identificación con una *lengua nacional*, etcétera, que operan como una “rutina semiótica cotidiana plagada de referentes nacionales subliminales”. (Batalla, 2021, pp. 22-23)

El resultado abarca referencias del nacionalismo banal español que van desde la alta cultura a la cultura popular. Yendo del análisis de contenido de programas televisivos en horario de máximo audiencia, ya fuere de carácter gastronómico tipo *Masterchef* o series de entretenimiento como *Cuéntame* o *El Ministerio del Tiempo*, a cómo la gente canaliza las pasiones colectivas a través del fútbol de forma que los éxitos de la selección española de fútbol se convirtieron en un canal ideal para reforzar el españolismo. Con idéntica maestría se analiza una parte significativa de lo que pasa por la élite intelectual española, que, verbigracia, como Gustavo Bueno, con desacomplejada fanfarronería y sin pudor académico, afirma que la nación española existiría desde al menos la Hispania romana. Aunque también a través de la novela

histórica nacionalista de Pérez-Reverte y la pintura de historia de Ferrer-Dalmau, maestros por igual de la agitación y la propaganda militar. Demostrando, en suma, el papel decisivo que la industria cultural y la cultura *mainstream*, y no solo los discursos procedentes de la “intelligentzia”, tienen en la formación nacional del mismo modo que en nuestra constitución como sujetos. Asimismo, se demuestra la caduca y elitista diferenciación, artificial y académica entre la alta cultura y la cultura de lo popular-masivo.

El hilo conductor del libro es que el nacionalismo es una religión. La metáfora resulta particularmente atinada cuando se argumenta que, del mismo modo que la religión, el nacionalismo español tiene teólogos, misioneros y catequistas. Y cómo, al igual que aquella, para su propagación la fe nacionalista necesita ser eficaz en tres niveles de producción intelectual y propagandística de distinta complejidad. De forma que necesita la terminología y el estilo de la vieja escolástica medieval propia de Gustavo Bueno, la simpleza de Manolo el del Bombo y el término medio que pudiera representar la obra de Augusto Ferrer-Dalmau o los Pérez-Reverte. Pues todo contribuye en su justa medida a la formación del espíritu nacional.

Asimismo, se apunta que el punto de inflexión para el rearme del nacionalismo —conservador— español tuvo lugar durante los gobiernos del PP (1996-2004). Con más decisión, desde el inicio del segundo, cuando contando con mayoría absoluta y “de acuerdo con las manifestaciones del nuevo presidente, José María Aznar, el pueblo español debería ser renacionalizado y convertirse en ‘normal’ dentro del contexto europeo” (Núñez Xeisas, 2004, p. 60). Desde entonces para acá, empero, se producen otros momentos coyunturales que llevan a que en los últimos 15 años se produzca lo que Batalla (2021) denomina como la “década prodigiosa del nacionalismo español”. Sobre todo, a partir de los éxitos de la selección española y específicamente tras el gol de Iniesta en el mundial de Sudáfrica 2010, gracias al cual se produce una eclosión y efervescencia nacionalista sin precedentes. A tal extremo que Alba Rico (2021) considera que es “el segundo ‘momento auténticamente nacional’ [tras la guerra de la independencia] de la historia de España” (p. 227). Lo cierto es que el fútbol generó un éxtasis colectivo, que los periodistas deportivos, en su calidad de catequistas, como diría Batalla (2021), interpretaron como una epifanía nacionalista y en clave política como la solución a la cuestión nacional. Esto último, mediando el mito compartido de una sola nación gracias a sus campeones, a la “épica

de los *once aldeanos* venidos de todos los rincones de la *piel de toro* para hermanarse en un proyecto común de grandeza universal” (p. 59).

A las primeras de cambio, sin embargo, el proceso soberanista catalán deshizo el feliz hechizo y el ingenuo “a por ellos” que sirvió para animar unidos a la selección transmutó en un grito de guerra para arengar a los antidisturbios contra los independistas. Sin duda, a la reacción nacionalista alentada por los éxitos deportivos habría que sumar la reacción política de todas las derechas, desde el PP a Vox pasando por UPyD y Cs, al movimiento del 15M, la aparición de Podemos y el cuestionamiento del régimen del 78.

Con todo, si bien el rearme nacionalista español es la respuesta a un momento coyuntural particular de la realidad política española, solo encuentra explicación satisfactoria en el marco más general y estructural de la explosión nacionalista (populista) que estamos viviendo a nivel global. Luego el ascenso del nacionalismo español se ha de explicar considerando diferentes parámetros al mismo tiempo (dimensión banal o cotidiana, estatal o institucional) y momentos coyunturales (soberanismo, confrontación y retroalimentación con el nacionalismo de Estado). Pero en cuanto que epifenómeno, considerándolo dentro del marco del examen de esa insurrección global de la que habla Batalla (2021), vendría a ser la expresión supraestructural, cultural, de la reacción neoliberal contra el Estado del bienestar y el decálogo de derechos y conquistas sociales abanderadas por la izquierda.

Dicho esto, tan complejo es establecer cómo lo global se expresa en lo local como difícil hacernos cargo de nuestras constricciones nacionales. Esto último, no solo por la “invisibilidad” del nacionalismo banal, lo es, sobre todo, porque “sólo un estudio detallado de cada caso y momento permitiría ofrecer una respuesta sobre el grado de por ejemplo aceptación/resistencia/rechazo” (Archilés, 2018, p. 228).

De aquí el interés por el relato de las experiencias de nacionalización que proporciona la escritura autobiográfica. En tal sentido, *España* de Alba Rico (2021) resulta ser un ejercicio esclarecedor de cómo se autopercebe la nación, cómo la identidad nacional se construye y es asimilada como narrativa personal. Pero sirve también para estudiar cómo aprehenderla y captar cómo se llega a pensar contra una determinada idea de España y a favor de otra.

En cuanto a “español”, tengo un pasaporte español y vivo en la lengua castellana, que es la oficial de España, y toda mi memoria, la histórica y la sensible, se ha construido en, alrededor de y contra España. Hay dos opciones: una, odiarla; la

otra, cambiarla. Odié mucho a España, que es la peor manera de ser español. Hoy me interesa más cambiarla. Mi libro *España* es la expresión de esta transformación vital y de esta batalla. (Alba Rico, 2023)

La cita es relevante porque alude tanto a este proceso de “desidentificación” como a la “resignificación” a que da lugar. Esto es, a su propio proceso de conversión y reconciliación, cuyo punto de inflexión, según reconoce, tuvo lugar en el 2011, cuando coinciden la revolución tunecina y el 15 M. Empieza entonces a observar el mundo y España desde un punto de vista libre de prejuicios ilustrados y categorías conceptuales totalizadoras. Y se abre a pensar contra las raíces de lo establecido con arreglo al cambiante horizonte de experiencias y expectativas de una persona que va a tomar partido. Para que se le entienda, el autor se ayuda de la distinción “filiación versus afiliación”.

Por filiación entiendo aquellos lazos emocionales o afectivos que nos vinculan a una comunidad no elegida... es el caso de la familia o la nación. La afiliación, en cambio, tiene que ver con las afinidades electivas, con los vínculos que uno elige y desarrolla por propia decisión. (Alba Rico, 2021, p. 31)

Ello implica que la filiación se conjugue con “soy de”, mientras que de la afiliación se diga “voy con”. Como lo uno no excluye lo otro, según advierte, ser español “solo quiere decir que estoy obligado a decidir qué español quiero ser, a qué tipo de español quiero ‘afiliarme’” (p. 37). De modo que sin andarse por las ramas, sin remilgos sobre sí mismo, confiesa de qué lado está:

Reivindico igualmente una españolidad, sin sexo o con poco sexo, constitucional, republicana, federal, que dé satisfacción a todas las demandas de filiación nacional a partir de un refrendo afiliativo democrático; y que proteja —de los identitarismos y del capitalismo— eso que he llamado en otro sitio “prevaricaciones antropológicas”... (Alba Rico, 2021, p. 37)

#### **UNA ÚLTIMA APOSTILLA DE ANDAR POR CASA**

Por añadidura, confieso que, a veces, tal vez porque jamás he sentido necesidad alguna de hacer demostración de españolidad, me sorprende a mí mismo clavando la mirada en la banderita roja y gualda que algún conocido luce en la muñeca del brazo.

Porque bandera viene de bando o banda y no hay ninguna que deje indiferente; pero, en tanto que expresión de una identidad nacional construida desde la exclusión, la española expone abiertamente a su portador, quedando a merced de lo que la gente pueda pensar de él. Bien considerado, sin duda, por aquellos que conciben su ostentación como prueba de orgullo nacional; pero en una posición de vulnerabilidad frente a quienes pudieran tacharlo de facha.

De cualquier modo, su exhibición me admira y, al mismo tiempo, me provoca una extraña sensación de vergüenza, que, en ningún caso, es vergüenza ajena y bien al contrario lo es frente a uno mismo. No es la mirada del otro que nos descubre escrutando, la falta descubierta es nuestro nulo patriotismo así entendido. Pues, en el fondo, mi celo constata una verdad incómoda, mi fracaso personal y afectivo ante la enseña, el 12 de octubre o el himno. En suma, mi más absoluta falta de emoción ante los llamados símbolos nacionales, sin por ello dejar de sentirme español.

En cualquier caso, siendo los símbolos importantes, la historia de nuestro país es mucho más que el himno o la bandera. Es así que no terminaré estas cavilaciones mías sin señalar lo mucho que me entusiasma recordar lo que en cierta ocasión Manuel Tuñón de Lara le dijo a un amigo: “Jamás te avergüences de España: es el único país, con Vietnam, que resistió tres años un golpe de Estado” (Reig Tapia, 2006, p. 390). Porque me obliga a sentirme solidario con el destino de aquellos que perdieron y se llamaron españoles en el pasado. Compatriotas que sufrieron persecución y exilio por su defensa de la libertad y la igualdad, cuyo ejemplo, sin idealismos ni mistificaciones, lo mismo pudiera servirnos en el presente para construir, a partir de “un refrendo afiliativo democrático”, un proyecto compartido orientado al bien común.

## REFERENCIAS

- Alba Rico, S. (2021). *España*. Madrid: Lengua de Trapo.
- Alba Rico, S. (14 octubre 2023). Odié mucho a España, que es la peor manera de ser español. Hoy me interesa más cambiarla. *El País*. <https://elpais.com/eps/2023-10-14/santiago-alba-rico-odie-mucho-a-espana-que-es-la-peor-manera-de-ser-espanol.html>
- Archilés, F. (2018). España con y sin problema. La reinención del nacionalismo español (c. 1977-2017). En I. Sepúlveda (Ed.), *Nación y nacionalismo en la España de las autonomías* (pp. 211-236). Boletín Oficial de Estado. Centro de

Estudios Jurídicos y Constitucionales.

[https://www.boe.es/biblioteca\\_juridica/abrir\\_pdf.php?id=PUB-PB-2018-91](https://www.boe.es/biblioteca_juridica/abrir_pdf.php?id=PUB-PB-2018-91)

- Batalla Cueto, P. (2021). *Los nuevos odres del nacionalismo español*. Trea.
- Molina Aparicio, F. (2017). Rescatar la historia de la nación. Una historia de la historiografía del nacionalismo en España. *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 35, 43-79. <https://revistas.usal.es/uno/index.php/0213-2087/article/view/17973>
- Núñez Florencio, R. (29 septiembre 2018). La trampa del nacionalismo banal: no todos somos nacionalistas. *Disidentia. Pensar está de moda*. <https://disidentia.com/la-trampa-del-nacionalismo-banal-no-todos-somos-nacionalistas/>
- Núñez Seixas, X. M. (2004). Patriotas y demócratas: sobre el discurso nacionalista español después de Franco (1975-1979). *Gerónimo de Uztaiz*, 20, 45-98.
- Núñez Seixas, X. M. (22 julio 2017). El constitucionalismo es un nacionalismo español. *Elnacional.Cat*. [https://www.elnacional.cat/es/cultura/nunez-seixas-nacionalismo-espanol\\_175620\\_102.html](https://www.elnacional.cat/es/cultura/nunez-seixas-nacionalismo-espanol_175620_102.html)
- Ovejero, F. (29 junio 2018). España. *El País*. [https://elpais.com/elpais/2018/06/18/opinion/1529339443\\_180174.html](https://elpais.com/elpais/2018/06/18/opinion/1529339443_180174.html)
- Quiroga, A. y Archilés, F. (eds.) (2018). Introducción. Ondear la nación como problema. *Ondear la nación la nación. Nacionalismo banal en España* (pp. IX-XIII). Comares.
- Reig Tapia, A. (2006). *La cruzada de 1936. Mito y memoria*. Alianza.
- Sánchez Ferlosio, R. (25 noviembre 1979). Restitución del fariseo. *El País*. [https://elpais.com/diario/1979/11/25/opinion/312332408\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1979/11/25/opinion/312332408_850215.html)
- Sánchez Ferlosio, R. (2002). *La hija de la guerra y la madre de la patria*. Destino.

